

MUR

96

BIBLIOTECA REGIONAL



1103204

DMUR

2896

lib. 67823

PROCESADORA BIBLIOTECA
CARLOS RUIZ-FUNES

CHUR
5820
C. R. RUIZ-FUNES

PROCEDENCIA BIBLIOTECA
CARLOS RUIZ-FUNES

R. 92.362

EL BOTIN

NOVELA INÉDITA

JOAQUIN BELDA



Eran las cuatro y dos minutos de la madrugada: no llovía. Oscar pudo comprobar el fenómeno—que fenómeno era el no llover, ya que en el mes había llovido veintiocho días—al detenerse a la puerta del Casino Bellevue.

El café Anglais estaba abierto todavía, y el mancebo pensó refugiarse en él a esperar la hora del alba ante un chocolate con brioches. Al volver a la calle le parecía resucitar de un sueño preñado de pesadillas. ¿Sería verdad que había permanecido catorce horas seguidas sentado en una silla ante una de las mesas del treinta y cuarenta?

No podía dudarle; a las dos en punto de la tarde, al abrirse el juego, ocupó él su sitio a la izquierda del crupier que tiraba; en todas esas horas de la tarde, de la noche y de la madrugada, había visto desfilar un ejército de puntos y de *puntas*, y un batallón de crupiers que se relevaban cada dos horas. Podía compararse con esas estatuas colocadas en las plazas públicas, que impasibles y un poco ridículas en su pedestal, contemplan durante siglos el paso de la Historia de un pueblo; y hoy es una revolución, y mañana un desfile de tropas que vuelven del triunfo o del desastre, y al otro una apertura de Cortes, y luego el público que vuelve de los toros... más tarde, acaso la cola de ciudadanos que van a tomar la cédula. Y la estatua, durante horas enteras, fija en su sitio y sin cambiar de postura.

Esto de *sin cambiar de postura*, no podía decirlo Oscar de sí mismo; en el curso de las catorce horas lo menos había hecho ciento catorce combinaciones diferentes. Ora jugando al encarnado y manteniendo la ganancia—si la había—durante cinco pases seguidos... dos que hacen cuatro, cuatro que hacen ocho, ocho que hacen... las delicias del banquero, que arramblaba con los cuarenta francos sin dar explicaciones; ora cambiando el paño según se presentase la baraja, y despreciando las rachas para ir decidido al cultivo del *tiers a tour*; ya jugando al boleó y tirando la chapa de cinco francos sobre la mesa, dejándola donde cayese, modo el más racional de jugar y que él había aprendido de un conde ruso que estaba de veraneo en Biarritz, y a quien buscaba la policía de su país como complicado en varias estafas; ya finalmente, manteniéndose a la expectativa y estudiando el juego de los martingaleros de profesión, para hacer todo lo contrario de lo que ellos hacían, el joven había agotado todas las combinaciones de la estupidez humana, ante la mueca burlona del azar.

¡Catorce horas nada menos! Apenas se había dado cuenta del tiempo pasado; por lo visto una sala de juego era, en cuanto a rapidez para el pasar de las horas, la antítesis de la de un teatro en el que se representase una obra de magia moderna.

Pero Oscar Muñiz estaba a aquellas horas para pocas reflexiones desinteresadas. Su vida, por efecto de una racha de diez y ocho negros seguidos, había sufrido una transformación radical en obra de pocos segundos. El

muchacho se encontraba a las cuatro de la madrugada de aquel treinta y uno de Agosto, en una situación muy parecida a la de Napoleón Bonaparte, cuando pisó el continente a su regreso de la isla de Elba; sin una peseta en el bolsillo, y sin saber a donde dirigirse ni encaminarse para buscarla.

La noche antes, en el gran ventanal de la sala de juego que miraba al mar, le había dicho a Carolina *la Diabética*:

—Pero hija, si yo lo único que te pido es que me esperes hasta mañana a estas horas. Pienso tener antes de las doce de la noche, treinta mil duros.

—¿Nada más?

—Ni uno menos; son para tí. Con ellos, sacamos un auto de *cher Helder*, y nos vamos a San Sebastián. Allí hay ruleta, de modo que...

Ella, cruzando la pierna izquierda sobre la derecha—había visto así a Carolina Otero en una fotografía—y poniendo una mano en la silla que tenía al lado,—había visto así a la Susana Despres en una portada de *Comedia Illustrée*—le dijo con su voz de ladrillo recocho:

—Bueno. si no se trata más que de veinticuatro horas. no quiero que digas. Esperaré. Pero ten presente que pasado mañana, o me voy contigo a San Sebastián, o salgo con doña Benilde para el Havre, y de allí, ya sabes... Buenos Aires será con nosotras.

Es decir que, si Carola era mujer de palabra, al día siguiente saldría de Biarritz, y Oscar tal vez no volviese a verla más en la vida.

Napoleón, a su regreso de Elba, que fué en rigor un viaje de recreo, tenía el prestigio de su historia, y en él se apoyó para levantar el inconcebible y fantástico edificio del Imperio de los cien días: Oscar Muñiz, que también tenía una historia brillante que explotar, se apoyaría en ella para levantar a pulso el préstamo de los cien duros—a duro por día.—que, a toda costa le hacía falta para pagar el Hotel y volverse a Madrid dignamente, esto es, sin descender de clase: hay que advertir que el joven había viajado siempre en primera.

Y, una vez en Madrid, ya pensaría él rehacer su vida, cosa que llevaba a cabo todos los otoños, de regreso de la *debacle* del veraneo.

Pero hemos dicho que nuestro pollo tenía una historia. ¿Cual era esta? En breves palabras, en estilo telegráfico, puede usted verla, amable lector, a continuación.

Oscar, que a los diez y ocho años de edad era un romántico, y soñaba con una mujer que se enamorase de él hasta la locura, pegándose un tiro en los bajos de la Moncloa al verse por él desdeñada, a los veintidós modificó un poco el concepto de su amor, y limitó sus aspiraciones; su ideal de mujer ya no era la pura Julieta, si no más bien una hembra de formas amplias, que consintiese en recibirle en su casa todas las noches. sin cobrarle ni un céntimo, por supuesto. Pasaron cuatro años, y viendo que el ideal solo se realizaba en momentáneas y fugaces realidades.—como en una de sus patronas de casa de huéspedes, que le perdonó cinco meses de pensión a cambio de unos suspiros bien administrados,—bajó la tarifa de sus ensueños y se dedicó a repetirse con frecuencia a sí mismo:—¡Ah, si yo encontrase una mujer que me gustase... y tuviese dinero para pagarle el piso!

Y se dedicó con verdadera fiebre a la busca y captura del dinero necesario para pagar un pisito entresuelo, lindo y coquetón, en cualquiera de las calles de Colmenares o Almirante. Luego, cuando tuviera el dinero, se dedicaría a la busca y captura del piso. operación que seguramente le resultaría más difícil en estos tiempos de crisis de las viviendas.

Sólo que, fué entonces, por uno de esos sarcasmos de la suerte, que parece esperar el momento de nuestra renuncia a otra cosa para ofrecerla con toda clase de facilidades, cuando Oscar conoció a Salomé *la de los rizos*, mujer de historia por haber sido amante de Posada Herrera después que éste se quedó viudo del todo. Quiere ello decir, compulsando fechas, que cuando el joven conoció a Salomé había ésta cumplido ya los sesenta años; y no era lo malo que los hubiera cumplido, sino que hacía ya treinta y seis meses que el cumplimiento había tenido lugar.

Ver Salomé al joven y echarse a reir, fué todo uno; Oscar, con una nariz que salía treinta centímetros de la línea más saliente del rostro, y unas piernas que parecían el trípode de un fotógrafo, no era precisamente un cuadro de Vinci, y más bien evocaba, con su aire general de espantapájaros, una de esas figuras de los primitivos italianos que parecen pintadas en noche de cólico y de terror.

Ver Oscar a la ex-amante del jefe de la izquierda dinástica, y pensar en la fuga, fué todo cosa de medio minuto; la pobre anciana, que en su buena época traía de cabeza a los hombres, era ahora un mosaico fenicio con pelo rubio. Porque, eso sí, el pelo seguía siendo de un rubio áureo que daba envidia; los ojos seguían teniendo un nimbo de ensueño, en el que se adivinaba la traza hábil del lapiz, y tras el estuco admirable del rostro, nacar y nardo, se adivinaba el pergamino de una cara ajada por los años y por el dolor. Pero no hacía más que adivinarse; vista de lejos, Salomé era un crepúsculo de otoño que amenazaba lluvia; de cerca, se metía el tiempo en agua definitivamente, y había que echar mano del impermeable a toda prisa.

Se conocieron en Madrid, en el Hipódromo de la Castellana, en una tarde de carreras; era todavía la mala época del deporte hipico, y la concurrencia era tan escasa como la habitual del Congreso durante el orden del día.

Oscar, no teniendo otra cosa mejor que mirar, se dedicó a contemplar el rostro de doña Salomé, que estaba en un palco con una de sus nietas; ella le correspondió, y el cruce de las miradas no se interrumpió en toda la tarde.

—Esta dama se ha enamorado de mí—. Así pensaba Oscar al notar la insistente contemplación de que era objeto.

Con igual lógica, o mejor dicho, con igual falta de lógica, la anciana hubiera podido pensar: —Ese joven se ha enamorado de mí.

Ya que el muchacho no le quitaba ojo.

Al acabarse la fiesta —*passer le mot*—, Salomé y su nieta subieron al coche de dos caballos que las aguardaba; Oscar buscó un simón en el que poder darles escolta, pero no lo encontró por los alrededores. Entonces, a pie, como esos jóvenes golfos que, para descargar los equipajes, siguen a los coches que salen de las estaciones, siguió al vehículo por todo el lado izquierdo de la Castellana; al llegar a la esquina de la calle de Ayala, el carruaje torció por ella; y Oscar, que tenía ya los bofes a la altura de la glotis, se detuvo, apoyándose en la pared para no caer al suelo. Felizmente, el coche paró frente a uno de los primeros números de la derecha, y la anciana y su nieta bajaron, con aire de reinas de revista. No habían pasado tres minutos cuando en uno de los balcones del piso principal de la casa, frente a la cual había parado el coche, apareció la monumental figura de Salomé, sin nada a la cabeza y con un papelito en la mano.

La aparición de la hermosa causó en el joven el efecto de la salida del sol en un mes de días nublados. Una vez más se acordó de Napoleón; esta vez fué el Bonaparte de las Pirámides, con su ciclópea alocución:

—¡Desde lo alto de ese balcón, cuarenta siglos nos contemplan!—,

pensó el joven, acomodando a las circunstancias las palabras del César.

Pero aquellos cuarenta siglos le miraban ahora con unos ojos tan tiernos, que sintió una espasmódica parálisis del corazón, que se tradujo en lágrimas. ¿Qué diría aquel papel que Salomé tenía en la mano?... Ella parece como que le adivinó el pensamiento, porque con un gesto que quiso ser involuntario, dejó caer el papel a la calle, y se retiró del balcón como una colegiala que acaba de hacer una travesura.

Oscar lo comprendió todo; aquello era para él; se dispuso a cruzar la calle y ganar el borde de la otra acera, junto al cual había caído la misiva. El corazón le palpitaba con un ritmo tan acelerado que, de haber tenido contador, le hubiera costado una fortuna a su dueño. Pero, ¡oh bromas crueles del Destino! Dos mangueros que acababan de enchufar su artefacto para regar la calle, le hicieron detenerse en medio de ésta y retroceder al punto de salida como elemental medida de precaución. Desde allí pudo el joven contemplar con espanto cómo el chorro de agua de la manga empujaba con fuerza de catarata hacia una boca de alcantarilla próxima, el misterioso y perfumado billetito de amor, donde indudablemente estaba la clave de su porvenir. Oscar no sufrió un desmayo porque no tenía la costumbre de hacer el ridículo a sabiendas; pero tuvo un momento de vacilación, dudando si arrojarse decidido por la boca que acababa de tragarse su felicidad, o subir al piso de Salomé, jugándose el todo por el todo.

... Subió, y al poco tiempo estaba sentado junto a la anciana, haciéndole relato de sus penas. Ella también quiso contarle sus aventuras desde su más tierna edad; pero como hubiera tenido que tomarlo desde el tiempo de Recaredo, lo dejó para cuando hubiera más horas por delante.

Abreviemos; a los dos meses, y durante los tres años que siguieron a la aventura, Oscar fué el amante de Salomé *la de los rizos*; pero no un amante cualquiera, sino el amante del corazón, como dicen en la *chaussée d' Antin*, el chulo, como decimos aquí en la *chaussée d' Apodaca*.

A lo menos, eso creía la gente. En el mundo de las busconas y de los borregos se hacían comentarios sabrosos:

—Pero, ¿has visto la Salomé al cabo de sus años?... ¿Cómo se las arreglará esa mujer para tener un novio de esa edad?... Dicen que él es muy joven.

—Como que puede ser nieto de una hija de Salomé. Y dicen que está perdidamente enamorado de ella.

—Como que no la deja ni a sol ni a sombra. Ahora han tomado juntos un abono a los toros.

—¿De sol y sombra, naturalmente?

—No; delantera del diez. Tiene sombra desde las once de la mañana.

—Pues a mí me han dicho que él le está sacando los cuartos que es una bendición. Dicen que ella le ha puesto un coche con gomas.

—¡Gomoso!

—Y le ha abierto una cuenta corriente en el Banco de España, por valor de quince mil duros.

—Ya decía yo; a ese precio hago que se enamore de mí hasta el heredero auténtico de un trono.

—El es un ansioso.

—Pues a mí me han dicho algo más que todo eso.

—¡Ay, venga, venga!...

—Me han dicho que la Salomé le paga al chico el cuarto en que vive, y

que él, en vista de eso, a pesar de lo difíciles que están los pisos, se ha mudado desde el tercer piso de la calle de Calatrava, donde vivía, a un entresuelo, con ascensor y toda la pesca, en la de Serrano.

—Eso puede que sea para estar más cerca de ella, ¿no?

—Puede... Pero el caso es que antes pagaba quince duros y ahora paga sesenta. Conque, tú verás.

—¿Y la ropa? ¿Quién se la paga?

—¿Porqué?... ¿Es que has oído tú algo?

—¡Vaya si he oído!

—¿Qué?

—¡Ya lo creo! Dicen que todo, hasta los calcetines, se lo compra ella.

—Entonces ¿para qué quiere el chico la cuenta corriente en el Banco?

¿Qué había de verdad en todos estos murmullos de desocupados? ¿Qué era lo cierto, y qué lo que se debía cargar a cuenta de la proverbial imaginación de la rara? ¿Vivía, en realidad, el joven Oscar, de la bochornosa munificencia de su amante? Veámoslo.

Salomé era una mujer calculadora, fría y egoísta. Su carácter parecía moldeado a maravilla para ser dueña de una casa de huéspedes.

Cuando vió al joven en el Hipódromo la tarde memorable, y notó la insistencia con que le miraba, se alegró su corazón con un goce diabólico,

—Este chico me va a salvar.

Lo pensó en un momento, dió las más expresivas gracias a la Divina Providencia, y, decidida a aprovecharse de la ocasión, llevó a la práctica el pensamiento en muy pocos días.

Ella necesitaba a toda costa un hombre que no tuviera más de treinta años de edad. Y no lo buscaba ciertamente con propósito alguno voluptuoso. ¡Treinta años! Ese era el tiempo justo que ella le había hecho creer al conde de Maltranilla, su protector y su segundo padre—del primero ¡ay! no tenía si no muy vagas y confusas referencias,—que había transcurrido desde la nascencia de un hijo de los dos, mandado por su madre a criar al campo para que no ensuciase el piso de la casa.

El conde estaba entonces en Filipinas, de representante de una compañía de varietés, y pasó por todo, al cabo de los seis lustros, y próximo el de Maltranilla a diñarla a consecuencia de una afección tagala a los riñones, le convenía a Salomé resucitar a aquel hijo, para que en el testamento del conde hubiese una manda a favor de la pobre madre. Y lo resucitó.

Oscar, que, naturalmente, nada sabía de aquel folletín, se quedó de una pieza cuando, al mes de frecuentar la casa de la anciana,—sin haber obtenido de ella más que unos besos virginales en la mano y un billete de veinticinco pesetas para una excursión al Monasterio de Yuste,—ésta le dijo, con plena sencillez: —Tengo que pedirte un favor... Es una cosa que a ti no te cuesta naday a mí puede servirme de mucho. Mira, hoy vendrá a vernos un señor muy respetable. Es preciso que te dejes besar y abrazar por él.

—¡Un demonio!... ¿Quién piensas tú que soy yo?

—Además, es necesario que le acaricies, y le hagas así en la barba.— Al decir esto, la vieja daba en la barba del joven unos golpecitos completamente peristálticos.

Como el muchacho atravesaba precisamente por aquellos días una penosísima crisis de intereses, accedió a todo mediante la entrega ipsofacto de un billete de veinte duros.

Esto, y otra cantidad igual que recibió en cierta ocasión en que Salomé

necesitó dar celos a un antiguo amigo, cenando con Oscar en la Bombilla.— ¡muy mal por cierto!—fué todo el jugo metálico que el joven pudo extraer de aquella dama respetable a quien conoció una tarde en el Hipódromo de la Castellana, y de la que parecía emanar constantemente el rancio perfume de un viejo volumen de la Historia patria.

Eso es lo que había de verdad en el fondo de tanta hablilla, de tanto chisme, y de tanta murmuración. Casinada, es decir, un cinco por ciento.

El noventa y cinco restante era conversación y bambolla.

—
Pero ¿quién pone puertas al campo?

La leyenda se habría ya forjado y no existían fuerzas humanas capaces de destruirla; para el mundo y ante el mundo, Oscar Muñiz era el chulo de Salomé *la de los rizos*. Y era de ver y de admirar, el prestigio que esto le hacía adquirir al joven a los ojos de cierta clase de gentecilla.

El lo sabía muy bien, y al verse ahora solo, sin un real, y a pique de tenerse que volver a Madrid a pie y por etapas, trató de explotar esa leyenda en provecho propio. Para ello, y como hombre a quien los años iban volviendo previsor, tenía ya echado el ojo desde hacía días a dos mujeres de las que más circulaban por Biarritz,—por este encantador Biarritz de la post-guerra que él iba a dejar con tanta pena—aquel verano, y que indefectiblemente hacían estación en la sala del crimen del casino Bellevue, de diez de la noche en adelante.

Una de ellas era una mejicana--de Chapaltapicojoán nada más--recién llegada a Biarritz detrás, según se decía, de un barítono de ópera francés que había hecho en Méjico la última temporada. No era guapa ni muchísimo menos, *pero* poseía un cuerpo que parecía un baul al que le faltase muy poco para hacer saltar la cerradura por exceso de carga. Eso sí, llevaba una de joyas que, si eran buenas—y parecían superiores en efecto—debían valer varias fortunas ¡con una de ellas solamente, por ejemplo con aquel pendentif que remataba en una perla del tamaño de una sombrerera hinchada y que, ¡juguetón! se escondía con bastante frecuencia entre los senos de su propietaria! hubiera tenido nuestro amigo más que suficiente para volverse a Madrid en sleeping, y aun para detenerse seis días en Valladolid a presenciar las corridas de feria. La mejicana y Oscar Muñiz se conocían de vista: muchas veces habían sido compañeros de mesa de juego, y ya se sabe lo mucho que une a dos almas el haber perdido juntos unos cuantos luses, aunque no muchos; entre un «encarnado gana, color pierde» y un «aprés» habían dialogado sus piernas por debajo de la mesa en diferentes ocasiones.

La mejicana gozaba de una regular fantasía que, unida a una dosis no pequeña de desparpajo, la permitía presentarse por las mañanas en la gran playa con unos echarpes de tela de colchón orientes en los que no faltaban unas cabecitas de chinos y unos pájaros de marfil, como en cualquier mantón verbenero. Cultivaba mucho la excentricidad: una de sus tonterías favoritas era, siempre que deseaba ir a Bayona, en vez de subirse en el B. A. B. o en el petit train, o hacer el corto trayecto en automóvil, la de embarcarse en una lancha en el puerto de los pescadores, cruzar ante la playa, seguir por el faro y la *chambre d' amour*, continuando hasta la barra, y desde allí, subir río arriba hasta llegar a la patria de los capones y de los chalecos. Oscar, que alguna vez tuvo la humorada de hacer al mismo tiempo el trayecto a pie, llegó mucho antes que ella, y, sobre todo, menos húmedo.

Por dasto estas cosas, y por la fama de loca patente que la bella ultra-

marina tenía en todo Biarritz, cuando él fué a lanzarse a... lo que se quería lanzar, tuvo miedo y echóse atrás.

Porque además, en realidad, la que a Oscar le había hecho concebir más halagüeñas esperanzas desde un principio había sido una joven lánguida, triste, muy triste, que se sentaba en la terraza del Bellevue a la hora de la puesta del sol, mirando a lo lejos, como si esperase la llegada de la Felicidad por la parte de Arcachón. Era bonita, con los ojos muy grandes y muy dormidos, y al parecer, estaba enferma del cuerpo y del espíritu.

A Oscar le llamó la atención desde el primer día la cara de malhumor de la joven: siempre estaba como si se le acabase de morir un hijo, o como si le hubiesen echado la contraria en un juego de empeño. Era una cara de niña ofendida por los primeros atrevimientos de un sátiro que al enseñar a su víctima las primeras lecciones del amor, le hace aprender también las primeras indignidades: en su mueca, estereotipada eternamente en el rostro, había repugnancia, desengaño y melancolía. Creo que no pueden ustedes pedirle más a una mueca.

La amistad de ambos jóvenes nació una noche ante el tapete verde y al revuelo de una postura; ella, que estaba al lado del muchacho, dejó caer en el paño rojo cien francos,—con el cambio, cuarenta y ocho pesetas,—adoptando aquel perpetuo aire de agonía con que lo hacía todo en el mundo. Pero en aquel momento, y antes de que el banquero empezase a extender la baraja, penetró en la sala un negro, un auténtico negro del Sudán, que había venido a invernar a Biarritz en pleno mes de Agosto, huyendo del calor de su país. Oscar, al ver al negro, sintió una extraña revelación, algo así como un presagio místico absolutamente inexplicable.

—Señorita,—dijo con rapidez a su vecina de mesa.—Cambie usted esa postura al otro paño.

—¿Porqué?—preguntó ella, como si despertase de un sueño cataléptico.

—Cámbiela usted. Es un juego seguro.

—¿Sí?...—Ahora su voz parecía salir directamente del lecho de un hospital.

Y antes de que el muchacho tuviera piadosamente que insistir, como de seguro lo hubiera hecho, la manita de ella, una manita deliciosa, que parecía el escaparate de una joyería *joh piccola manina!* empujó la postura a la otra banda. Lo hizo a tiempo, porque, antes de terminar la operación, y cuando sus dedos frágiles se arrastraban aún en retirada por el verde del tapete como...unas angulas con sortijas por sobre el musgo de una roca, el crupier gritó con voz de barítono de la Opera cómica... muy cómica: Encarnado pierde, color gana. Funcionaron las raquetas a ambos lados de la mesa y la mayor parte de las fichas fueron amontonándose, atropellándose unas a otras como si tuvieran prisa por llegar a engrosar los tesoros de madame la Cagnotte. Unos segundos después una pilita ¡no muy grande, *parbleu!* de fichas de cinco y diez francos, fueron cayendo sobre los cien de la joven lánguida, como un alluvia en un trigal.

Mientras cobraba la ganancia, y dejaba un luis sobre juego para no perder la probable racha, la joven, luciendo en sus ojos el más vivo agradecimiento, dijo a Oscar, sonriendo por primera vez en su vida:

---Es usted mascoto.

—Y... si usted viera la buena sombra que tengo cuando se me trata íntimamente...

---¿Sí, eh?

---Probad y os convenceréis, como dicen los anuncios de chocolate y productos farmacéuticos.

A todo esto el negro del Sudán, que se había acercado a la mesa a tiempo de hacer una postura, puso mil francos al encarnado. ¿Habrá que decir que se quedó sin ellos? Oscar comentó la pérdida con regocijo:

---¡Naturalmente! Un negro jugando al encarnado... ¡Le está bien empleado por hacer traición a su raza!

La virtud saliente en el corazón de la mujer --de la mujer virtuosa, por supuesto, porque las hay que no tienen saliente más que las caderas y gracias--, es el agradecimiento.

Una mujer, desde Eva a la Niña de los peines, si no es una arpía, podrá ser fea, cretina, estúpida, jorobada y vanidosa, pero en medio de ese estercolero de pasiones, crecerá siempre la flor lozana de la gratitud, como una azucena en medio de un campo de judías. El corazón femenino, arena de playa sobre la que rompen sin fecundarlas las lechosas espumas del mar, es a veces por excepción ameno prado en que cada gota de rocío se trueca en un vergel, a poco que ayude un abono, mineral o no, bien distribuido.---Y que le conste a usted, lector ameno, que por haber escrito párrafos peores que este, hay gente en los sillones de la Academia de la Lengua.

Decimos lo anterior a la cuenta de que los cien francos que la joven triste acababa de ganar gracias a la oportuna advertencia de Oscar, fueron semilla de eterna gratitud que tardó muy pocos días en dar óptimo fruto.

¡Y qué fruto! Por lo pronto, aquella misma noche, salieron los dos formando pareja del Casino, y hablando muy entusiasmados de asuntos baladíes.

---Qué buena noche hace.

---El verano en Biarritz es encantador.

---¿Se ha fijado usted en lo cortos que se llevan los gerseys este año?

---Ya, ya... Como que son verdaderas chaquetillas toreras.

---¿Va usted mañana al Municipal a oír a Galipause?

---No sé... tal vez...

---A mi me desternilla del todo.

---A mi me ayuda a digerir más aprisa.

---Sí, sí.

---Ya, ya.

---Jé... Jé...

Luego el diálogo, sin llegar a la sutil profundidad de los de Platon--- ¡gracias a Dios! -- tomó un giro menos frívolo. Oscar parecía el encargado de redactar las preguntas de uno de esos concursos que organizan a veces los periódicos.

---¿Qué flor le gusta a usted más?

---La hortensia.

---¿Qué estación del año prefiere: el invierno o el verano?

---El otoño.

---¡Caray!

---De verdad.

---¿Por qué?

---Porque aunque parezca mentira, en el otoño es cuando están los hombres más salidos.

---Entonces, parodiando al poeta, puedo yo decir que para mi todo el año es mes de Octubre.

---No sé... Eso, usted lo sabrá.

---No le quepa duda. Mi natural es volcánico de suyo.

---¿Sí, verdad?

---El Evangelio. ¡Y tan salido! Como que no entro nunca en casa.

—¡Qué gacioso!

—¿Cómo le gusta a usted más el hombre, rubio o moreno?

—A mi rubio..., ¿y a usted?

—A mi con seltz.

—Oiga y, a propósito de bebidas, ¿cual es la que más le agrada?

—Le diré a usted: eso depende de la hora.

—¡Ah, claro! No es lo mismo las...

—A esta hora, por ejemplo, el chocolate.

Como al decir esto la joven, daba la casualidad de que pasaban frente a uno de los cafés de la Place de la Mairie, Oscar tomó aquella ingenuidad por una indirecta. Sin decir nada entró con ella en el Glacier y pidió dos chocolates con la mayor suma posible de brioches, de éstos les trajeron en efecto los suficientes para construir un buen atrincheramiento de los del Camino de las Damas. Cuando llegó la hora de pagar el mancebo vió revolotear en el aire la catástrofe. Felizmente ella se hizo cargo de todo y, queriendo mostrarse agradecida, tuvo un rasgo de sorpresa:

—Me va usted a permitir que esto lo pague yo...

—¡Por Dios! Aunque estemos en verano, yo soy siempre un caballero.

Ella no le hizo caso y continuó la frase: ...Es decir, yo no, la banca del Bellevue. Después de todo, si no hubiera sido por usted...

—Ya, ya... ¡Eres un ángel! ¡¡Lo que se dice un ángel!!

Y, se acercó a ella como si se la fuera a comer, después de haberla reogado suficientemente con mostaza.

La chica, a la que el chocolate era una de las pocas cosas de este mundo que la volvían francamente optimista, dejó hacer y dejó pasar...

A los pocos días, como la vida es tan compleja, Oscar y la joven triste amanecieron en dos habitaciones contiguas de la «*maison meublée*» que ella habitaba en el Port-Vieux. Las habitaciones estaban separadas,—o unidas—por una puertecita de escape.

Ella desde su lecho, y restregándose los ojos, increpó quejumbrosa al joven, que aun permanecía también acostado pared por medio. —¡Hijo, por Dios! No he visto un hombre que dé más vueltas en la cama que tú.

—Como que no he podido pegar un ojo en toda la noche.

—Además, soñabas en alta voz.

—¡Ya lo creo! ¡Menuda pesadilla he tenido!

—¿Si, eh?

—¡Espantosa!

De un salto bajó de su cama, cruzó la puertecilla, y una vez en la habitación de ella, se envolvió en una bata de la muchacha y, sentándose en un confidente, procuró adoptar una actitud trágica que preparase y estuviese en consonancia con lo que iba a decir a continuación.

—Si tú supieras, hija mía... Otro en mi lugar se pegaría un tiro, pero yo no me creo con derecho a cortar mi vida cuando está en plena florecencia... Nuestra vida no es nuestra, es de los demás; tienen derecho a ella más que uno mismo. Esta frase, que Oscar había leído pocos días antes en una traducción alemana, puso en guardia instintivamente a la joven.

—Oye,—le dijo.—¿Tú tendrás costumbre de tomar algo por las mañanas? Chocolate, o café, lo que tú quieras.

—Sí... ¿porque me lo preguntas? —No, lo digo porque así en ayunas no se le ocurren a uno más que malos pensamientos.

—No hija, no; no es eso. Te aseguro que no es eso. Tú puedes tomar lo que quieras; yo... he jurado no comer ni pan y no beber ni aun agua, mientras no resuelva mi situación.

—Pero ¿cual es tu situación?

El joven que esperaba la pregunta, como el actor en escena espera la frase del companero que le sirve de pie, se destapó en un racconto lleno de frases trágicas y de latiguillos sensibleros. Fué un relato espeluznante en que había tonos de los grandes dramas del ciclo griego mezclados con párrafos del repertorio del Gran Guignol; inculpaciones a Anantré, a la Fatalidad, al modo clásico y reproches a la falta de Policía en los Estados modernos, que hace que sea posible robar a un caballero en un salón, rodeado de personas decentes, sin emplear para intimidarle más arma que una baraja, ni para darle la puntilla más instrumento que una frágil raqueta. Se lo contó todo: lo habían pelado al cero, estaba sin una peseta, y necesitaba como cantidad minima ochocientos francos para pagar el hospedaje y volverse a Madrid en el primer tren. De vez en cuando en el curso del relato se levantaba del confidente, daba unos pasos por la estancia, siempre envuelto en la bata de su amiga, y terminaba el gesto dando un puñetazo encima del tablero del lavabo que, como era de mármol, podía resistir impunemente todas las indignaciones.

Cuando ya se le agotó el repertorio y no supo qué decir, se calló. Sumiéndose en una pausa angustiosa.

La chica se levantó del lecho, fué en su busca, y abrazándose a su cuello, rompió a llorar como una Magdalena. —¡Válgame Dios!—dijo al cabo de un gran silencio. —¿Por qué no me lo dijiste ayer? Al momento te hubiera yo sacado del apuro; pero hoy... ¡si tú supieras!

—No hija, no; no quiero saber nada. Se separaron entre sollozos. Quedando en verse aquella misma tarde en el Casino.

Cuando Oscar entró le entregaron una carta en la portería; abultaba mucho y, al abrir el sobre, pudo ver que dentro había otro conteniendo un papel muy doblado. La carta era de «ella,» y decía así:

—Mi queridísimo amigo: no podemos vernos esta tarde como dijimos, pero, para que veas que no me he olvidado de tu angustia, ahí te mando ciento cincuenta francos con los que podrás sacar el billete a Madrid. Es todo el dinero que tengo en mi poder; puede que no lo creas, pero es verdad. Dentro de ese otro sobre encontrarás algo que cuando estés en Madrid, te podrá valer muchísimo dinero. Con él puedes girar el importe de tu cuenta al dueño del hotel de aquí, y el resto te lo guardas como recuerdo mío. Un solo favor te pido en cambio: que ese otro sobre no lo abras hasta que estés en el tren. De ese modo me evitarás una gran vergüenza para el día en que nos volvamos a ver... si es que nosotros nos volvemos a ver algún día. Tuya hasta el valle...»

En la carta había, en efecto, ciento cincuenta francos en billetes, que Oscar se apresuró a guardar en el bolsillo más recóndito; el otro sobre lo dejó intacto por ahora, respetando así la voluntad de la generosa donante.

¡Qué extraña mujer! ¿Cómo se había dejado convencer tan pronto, ella, que debía tener cierta experiencia de los engaños y de los trapicheos de los hombres?... Pero con aquella interpretación siempre optimista que Oscar daba a todas esas cosas de hombres y mujeres, formuló en seguida su conclusión irrevocable:

—No me cabe duda: esa muchacha se ha enamorado de mí.

Vaciló un punto acerca de lo que debía hacer. ¿Se volvería aquella misma noche a Madrid?... ¿Lo dejaría para la mañana siguiente?... Asaltóle de improviso una idea diabólica: subiría a la sala de juego, y con cien francos... dos que hacen cuatro, cuatro que hacen ocho, ocho que hacen... Pero no, un impulso de salvadora energía le lanzó a la calle, cruzó la plaza de la Mairie, y por la Avenida de la Libertad se dirigió a la estación,

Como obedeciendo a un impulso superior a sus fuerzas fué a una de las taquillas y tomó un billete para el primer tren que saliese en dirección a Hendaya.

Y se fué de Biarritz. ¡Se acabó el veraneo! Parecía pesar un destino extraño sobre él en esto de los viajes estivales; los emprendía siempre muy regocijado, píetórico de proyectos y no mal de dinero, viendo además el porvenir de un marcado color de rosa: y todos los años, indefectiblemente, terminaba la «Saison» de modo parecido, o sea escapándose a uña de caballo, como si acabase de reñir una batalla en la que hubiese sido derrotado, perdiendo en la derrota toda la artillería.

El juego, su última esperanza, le había defraudado también esta vez. Y no era que Oscar Muñiz fuese un martingalero de profesión, de esos que creen en cábalas misteriosas, en combinaciones infalibles, contra las que nada pueden los embites del azar; pero sí creía que con un poco de paciencia y buen ojo, podía sacarse de una mesa de juego una cantidad por lo menos igual a la que le produce a su autor una novela que obtenga mucho éxito o una obra en tres actos pateada la noche del estreno.

Estaba lejos de la imbecilidad constitucional del jugador científico, pero no creía un disparate poder vivir del juego —con altas y bajas, naturalmente— a condición de que le ayudase a uno el temperamento.

Había visto él en ésto cosas admirables: sujetos que se sentaban a la mesa de juego con diez pesetas en el bolsillo y salían a diario con quince o veinte duros; y otros que después de una permanencia de siete horas en el campo de batalla y ejercitando una paciencia que hubiese dado achares a lob, sacaban indefectiblemente un interés del cien por ciento al capital empleado, sin que nadie por ello les llamase usureros; algunos en fin, que por efectos de la vida sedentaria que se veían obligados a hacer en espera y como en acecho de la ocasión propicia ante el tapete, contraían una seria afección intestinal y se gastaban en método y botica todo lo que le habían ganado al azar y un poco más...

Pero estos eran los que podríamos llamar forzados de la galeras del Juego Nuestro Señor; seres que derrochaban un caudal de paciencia y trabajo no menor que el que, en cualquier otro empleo, podría haberles proporcionado un rendimiento aproximadamente igual. Oscar no; combinando el método expectante y de ocasión con las corazonadas, le ocurría casi siempre perder en un minuto, y por efecto de un impulso engañoso, lo que le había costado largas horas de habilidades. ¡Era el Destino que jugaba con él como con todos, aprovechando rachas y combinaciones!

Subió al tren y se arrinconó en el departamento más solitario, huyendo tenaz de la presencia de otros seres; por lo menos intentaría dormir con tranquilidad en cuanto, pasada la frontera española, se hiciese de noche. Se palpó: en el bolsillo interior del chaleco llevaba el espléndido donativo de la joven triste, que aún ignoraba en lo que consistía. El tren se puso en marcha entre silbidos estridentes y a Oscar aquellos silbidos le parecieron una protesta asaz cruel contra el definitivo fracaso de todos sus proyectos

El paso por la frontera, ya casi de noche, recordó a Oscar el de los Israelitas por el Mar Rojo huyendo de sus enemigos.

De tren a tren había casi una hora, y el joven cuya afán mayor consistía en eso que la gente llama matar el tiempo con objeto de que éste pasase lo más pronto posible hasta llegar a Madrid, empezó a dar vueltas por el amplio andén. Sin darse cuenta se alejó bastante hasta un depósito de máquinas que había ya en pleno campo y, al pasar por la espalda de una especie de barracón oyó en francés, pero un francés chapurrado de español y vascuence, —por algo estaba en una estación fronteriza—, las frases sacramentales que sonaban periódicamente en todas las saals de juego del mundo:

—«Marqués votre jeu, mesieurs».

—«Bien va plus».

—«Hagan jeu».

—«No va nada rieu».

¡Dios mío! ¿Qué era aquello? ¿Como se oían aquellas palabras allí, casi en pleno campo? Se trataba por lo visto de alguna alucinación, y estaba él condenado a oír siempre aquellas frases retumbando en sus oídos, donde quiera que fuese. Instintivamente echó a andar, como para huir de aquel tormento, y entonces, dando vuelta al barracón, se encontró frente a su entrada, un portón enorme que casi dejaba al descubierto uno de sus lados.

Aquello no era más que una habitación muy grande, mezcla de cantina y sitio de refugio, y en la que ahora media docena de empleados, fogoneros, maquinistas y mozos de la vecina estación, entretenían sus ocios en una mesa, en cuyo centro había una botella de vino rojo. Uno de los bebedores, un mocetón alto, fornido, con la clásica barba del antiguo obrero francés, y que debía ser maquinista a juzgar por las muchas manchas de grasa y carbón que le adornaban, hacia de banquero, imitando con una baraja corroida por el uso, y en la que cada carta parecía tener una marca especial, los gestos y los ademanes de los crupiers de los grandes Casinos.

Oscar puso atención, pero no pudo comprender a lo que jugaban; parecía una mezcla del monte, la manilla y el burro ilustrado. Lo cierto era que las monedas de a sueldo iban cayendo sobre la mesa y que casi siempre, para que la imitación de las grandes casas de juego fuera más completa, no volvían a ingresar en los bolsillos de sus primitivos poseedores.

A veces uno de los puntos, que sin duda había bebido más que los otros, arriesgaba sobre el tablero un billete de medio franco; era uno de esos papeletos apestosos que la guerra ha hecho nacer en Francia, como nacen los hongos en terreno empantanado, y que, sucios y mugrientos por el uso, llevan en sí una colonia muy extensa de microbios.

¿Habrá que decir que el billete, también pocas veces hacía el viaje de regreso? Por lo visto, se trataba de un billete de ida nada más.

Oscar les miraba jugar con toda frialdad: no experimentaba, y de ello se alegraba mucho, la menor tentación, el más mínimo deseo de arriesgar sobre aquella mesa una sola de las pocas monedas que aún le quedaban en el bolsillo. Y fué inútil que el banquero, aquel forzudo maquinista del lenguaje polimorfo, le mirase insistentemente al pronunciar su frase:

—«Marques votre jeu, señoges».

Con sus ojos, y con una simpática sonrisa, parecía decirle al pollo:

—Arriésguese, joven, que está usted entre caballeros.

Era igual.

Oscar veía aquello como un símbolo. El juego, el vicio internacional, envileciendo por igual en el confín de dos Naciones, a una pobre gente que...

Pero no tuvo tiempo de sumergirse en tan hondas filosofías. Sonó una larga campanada a lo lejos, y aquellos hombres sin aguardar la última jugada que acaso fuera la de la suerte, alzaron de la mesa, y se encaminaron, como un rebaño pequeño, hacia el gran arco de la estación.

El viajero miró su reloj y vió que por la hora, el tren tardaría ya muy poco en partir.

Fué también él detrás del rebaño. Por el camino hasta el andén, iba haciendo cuentas; había estado jugando de memoria y, saliendo de cincuenta céntimos, y después de varias alternativas, había ganado unas trece pesetas y céntimos.

A los tres días, ya en Madrid, Oscar Muñiz cruzaba la plaza de las Delcalzas en punto de las once y media de la mañana.

Tenia carácter la tal plaza madrileña. ¡Vaya si lo tenía! Oscar no lo había echado de ver hasta entonces, a pesar de que no era la primera vez que por ella pasaba... y con el mismo fin que ahora guiaba sus pasos.

Con el convento de leyenda y tradición en uno de sus lados, y los edificios del Monte de Piedad en otros dos, parecía una vieja plaza provinciana en la que hubiese entrado la edificación moderna con alardes de progreso. Hasta la misma estatua de Pontejos que se alza en su centro, parecía más bien cosa de pueblo agradecido, que homenaje de gran ciudad a un político ilustre.

Pero tenía carácter, ¡ya lo creo! Sobre todo de siete de la noche en adelante, cuando, procedentes del Postigo de San Martín, comenzaban a bajar las palomas del amor y se instalaban a lo largo de la fachada del convento buscando sin duda el contraste y para mayor sacrilegio. Dos metros atrás, separadas no más que por unos ladrillos y un poco de argamasa, dormirían a aquella hora las castas esposas del Señor, hermanas ante Dios de estas otras de fuera, pero tan diferentes en la blancura de sus alas.

Las del lado acá del muro, las de la calle, no eran una, ni dos, ni tres, ni veinte, eran legión, aluvión innumerable que parecía surgir del centro de la Tierra, y que se aprovechaba de la relativa tenebrosidad del lugar, --- ¡oh! el misterio de esas farolas municipales! --- para martirizar los oídos de los transeuntes con unas ofertas que parecían recién arriancadas del *Cantar de los Cantares*.

El ciudadano que se veía precisado a pasar por allí ya sabía que le era indispensable convertirse por unos minutos en San Antonio, hacerse la cuenta de que estaba en el desierto, y resistir a paso de marcha todo género de tentaciones; si se detenía estaba perdido: era como un tren que, pasando por un terreno invadido de mosquitos, cometiese el error de detenerse a tomar agua.

La poca gente que de noche transitaba por allí, cuando llegaba por el Postigo a Preciados o por Trujillo a las Veneras, daba un hondo suspiro de satisfacción como diciendo:— ¡De buena me he librado, al menos por hoy!

¡Vaya si tenía carácter la tal plaza! Mal carácter a ciertas horas del crepúsculo y de la noche. Pero, como la cuestión era pasar el rato, Oscar se dejó de cavilaciones y fué derecho a lo suyo.

Y lo suyo era... ya lo habrá adivinado el perspicaz lector.

Hacía un día de sol espléndido; el joven se detuvo un momento ante la verja que cierra el jardinillo y contempló el edificio frontero con su aspecto de Instituto de segundo orden.

Le latía el corazón como a todo el que camina hacia lo desconocido; se

acercaba el momento de despejar la incógnita. El sobre misterioso había sido abierto tres días antes por Oscar durante su viaje de regreso, y apenas abandonó el tren la estación de Hernani. ¿Qué contenía? Algo en extremo cabalístico. Un billete de veinticinco pesetas y una papeleta de empeño del Montede Piedad donde aparecía pignorado---el verbo pignorar siempre suena mejor que el de empeñar; parece como si le cobraran a uno menos intereses,---un objeto por valor en tasación de treinta pesetas. La pignoración se había hecho en cinco duros y a nombre de doña T. Bermúdez. Dentro del sobre venía también una nota aclaratoria que decía así:

---«Aún cuando el objeto empeñado vale muy cerca de las dos mil pesetas, se ha empeñado en cinco duros para salir de un apuro de momento. ¡La vida, ay, está llena de momentos así!»

Esta última consideración filosófica probaba que a doña T. Bermúdez le era familiar el estilo de la Rochefoucauld. ¡Dos mil pesetas! Es decir, ocho mil reales. O sean veinte mil perras gordas... cuarenta mil chicas... Y en resumen, esto era lo más interesante, al cambio actual, tres mil novecientos noventa y dos francos, y seis *sous* de propina.

No llegaría a seiscientos lo que el de Muñiz debía a su hostelero de Biarritz; de manera que, aunque en un raptó de romanticismo tuviese la caballeresca idea de girárselos,---siempre conviene ponerse en lo peor,---aun le quedaba un pico bastante crecido para su uso particular.

Claro que, para ello, se vería obligado a coger el objeto, una vez liberado del cautiverio del empeño, y tratar de venderlo. Pero ¡bah! sería cuestión de tiempo, y sobre todo de buena maña para hacer el artículo. El no podía olvidar que una de las cuatro asignaturas de la carrera de Derecho en que tenía matrícula de honor era el Derecho Mercantil... Sí, porque Oscar era abogado; ¿no lo ha adivinado el cultísimo lector en el curso de este relato?

Entró en el Monte y se dirigió a una de las taquillas del fondo. Como no era la primera vez---¡ay! ni sería la última, estaba muy seguro de ello,---que entraba en aquella santa casa, sabía cómo se hacían las cosas.

Durante media hora siguió todo el calvario que el reglamento de la institución impone para la absoluta formalidad de las operaciones. Las cinco taquillas que era preciso recorrer con sus larguitos intermedios entre una y otra, fueron las cinco estaciones de un viacrucis ideal, a cuyo final, en vez de crucifixión, estuviese la gloria de una apoteosis.

Había que esperar, era forzoso armarse de paciencia, como único medio de hacer el latazo soportable. El tiempo de los intermedios lo entretenía el joven dando grandes paseos por el recinto, que tenía todo el aspecto de la sala de espera de la consulta pública de un hospital.

Otra de las distracciones posibles consistía en examinar al público numerosísimo que llenaba el local. Era un público pintoresco en el que se mezclaba la persona tímida que entraba allí procurando ocultarse, con la misma vergüenza del que se ve forzado a cometer un delito, y que pasaba el tiempo refugiada en los rincones, con la dama de gran desparpajo, vestida con cierta elegancia chillona, que trataba con gran familiaridad a los empleados, como a antiguos conocidos, y que relizaba toda la faena con la misma naturalidad con que haría las operaciones de cobro o de ingreso en un Banco.

Estas últimas eran prenderas y fiadoras en su mayoría, parroquianas habituales de la casa, que venía a ser para ellas algo así como su Bolsa de contratación, y que, al recibir la alhaja cautiva la agitaban mucho en el aire procurando que la viese la mayor suma posible de público, como si hubieran ya empezado a haber el artículo.

Había otra clase de parroquianos,---el público masculino era siempre menos abundante,---que a Oscar le llamaba mucho la atención cada vez que acudía al Monte a desempeñar; eran unas mujercitas jóvenes y guapas casi siempre, vestidas con ropas en las que se adivinaba la confección reciente, que no acudían jamás con una sola papeleta sino con verdaderas series de ellas, clasificadas por fechas y colores. Al recibir los varios objetos los acariciaban con una mirada de infinita ternura, seres queridos a los que se volvía a ver después de una ausencia larga la mayor parte de las veces. Para su dueña a más del valor material, tenían el de ser indicio de una nueva época de prosperidad que duraría... hasta que el nuevo amo se cansase, viniese la racha mala y hubiese que volver a la plaza de las Descalzas.

Oscar las conocía bien; pertenecían a la misma carrera, aunque con un grado más superior, que aquellas palomas nocturnas que iban a apoyarse en la pared del convento de monjas en acecho del transeunte voluptuoso. Su vida era a saltos, y cuando surgía el nuevo amigo que se comprometía a correr con todos los gastos durante una temporada, la entretenida se levantaba un día ¡uno solo en el año! antes de la una, con el fin de hacer dos visitas: una al Cristo de San Luis que ¡por fin! la había oído después de dejarse rezar los cuarenta credos, y otra al Monte de Piedad a sacar todo lo que había sido necesario empeñar cuando las dejó plantadas el charrán de... Fulano. Las dos visitas estaban cerca, de manera que la molestia no era cosa mayor.

Estas muchachas—algunas tenían cuarenta años,—salían casi siempre del Monte seguidas por uno de los estudiantes, que nunca faltaban para el clásico desempeño del reloj de cuatro duros.

Pero la persecución era inútil: el momento estaba mal elegido, porque ella, en la luna de miel con su nuevo señor, no estaba por echarlo a rodar todo tan pronto, por una estúpida afección romántica.

—

Oscar se entretenía más que en nada ahora en hacer cálculos acerca de lo que pudiera ser el objeto que venía a rescatar.

—Tiene que ser una alhaja,—se decía,—porque para valer dos mil pesetas... Un juego de té o de cuchillos no creo que sea... y si lo es me voy a divertir, porque ¿cómo cargo yo con un bulto grande?... Pues anda que si fuera una sombrilla... Quiera Dios que sea una alhaja. y, si es posible, una sortija, porque no cabe duda que es lo que tiene salida más fácil... Y ya sé donde la voy a llevar: a la Plaza Mayor, sí, porque allí lo compran todo... Claro es que el comerciante empezará por ofrecirme diez o doce duros. ¡Qué sarcasmo! Cincuenta pesetas por lo que vale dos mil... Bueno y es que esa gente es así; como si lo hubiera uno robado. Claro es que yo, en justa correspondencia, empezaré pidiendo cinco mil, y así se compensa todo... al final partiremos la diferencia y me dará mil seiscientas a mil setecientas... ¡No está mal! ¡Para lo que me ha costado!

¿Y si fuera un reloj de señora? ¡Muy bien! También es posible; parece que le estoy viendo, chiquitín, ¡y de oro, por su puesto! porque si no es de oro no es posible que marque bien la hora: y con tres brillantitos en la tapa formando un triángulo equilátero. Uno de esos chismes que acaso no señalen nunca la hora justa, pero que sirven para todo: para lucirlos en un teatro, para sacar de apuros a su dueño en un momento dado, para dejarlo como prenda en un restaurán si llega el momento de marcharse sin pagar... ¿Y si fuese una pulsera? Tampoco vendría mal en estos tiempos de verdadera inopia para levantar a pulso una situación que no puede ser más angus-

tiosa... ¡Un collar de perlas! ¡Qué bien! Con lo alta que está ahora su cotización....

—Tampoco me vendría mal—seguida pensando Muñiz—una de esas modernísimas joyas de platino que parecen cinceladas en Florencia. Sí, desde luego debe ser de platino: el oro brilla demasiado, y lo que es de plata ¡oh, la plata me molesta personalmente! Me recuerda los cubiertos. Desde luego opto por el platino. Sí, porque si yo consigo que la alhaja me la tomen en...

El monólogo fué interrumpido por una voz recia que cantaba el número de la chapa que a Oscar habían entregado en la última de las taquillas:

—El 15312.

¡Por fin! Se acabaron las dudas, terminaron las cábalas y las conjeturas. El pollo se acercó a la taquilla grande donde entregaban los objetos, última estación del calvario oficinesco, dando un gran suspiro, y sin poder evitar e.^o decir entre dientes: —¡Gracias, Dios mío!

Un hombre simpático, que lucía en el meñique izquierdo un sortijón de positivo mérito, y en la corbata una herradura que también tenía lo suyo, desde el otro lado del mostrador le cogió la chapa del número, y la papeleta, que unió con su matriz para ver si el trepado casaba perfectamente. De una mesita que tenía al lado tomó una caja grande de lata, atada y precintada cuidadosamente.

Ya estaba allí el tesoro. Por lo menos como un tesoro la habían guardado durante tanto tiempo. Oscar adivinó su contenido,—vamos, que se creyó él eso,—: se trataba de un lote.

La palabra lote tenía en aquella casa un sentido de opulencia. Daba idea de una sarta, una verdadera ristra de riquezas que su dueño había volcado allí de una vez para librarse de un apuro gordo, uno de esos compromisos que sólo tienen los ricos.

¡Claro! ¿Por qué no? Oscar pensó en una de aquellas mujercitas de quienes antes se acordara, una de esas palomas saltarinas que van pasando alternativamente de la pobreza a la opulencia, dejando perfecta constancia de esos saltos en el libro de cuentas del Monte de Piedad. Y como no cabía duda que la joven lánguida que a él le había regalado aquella papeleta era una de esas palomas, por lo visto el lote era el resto de un naufragio.

Sin embargo, el tamaño alarmó un poco al joven Oscar. Aun para guardar un lote, aquella caja se le antojaba demasiado grande: a menos que se tratase de una colección de aderezos.

Lo que era evidente es que no se trataba de una sortija; hubiera tenido que ser para el dedo de un gigante. Pero otra clase de joya sí podía ser: acaso uno de esos maravillosos relicarios antiguos que la joven hubiese heredado de una de sus abuelas; tal vez algún pericón de aquellos de tamaño descomunal, que, cerrados podían indudablemente servir de bastón a su dueña, y en cambio abiertos, podían hacer las funciones de una sombrilla o de un biombo.

El empleado, muy cortés, formuló la pregunta de ritual, mientras cortaba el precinto de la caja: —¿Qué va a desempeñar?

Si le hubiesen dado con una maza en el centro de la nuca, si de repente le hubiesen administrado un metido en los vacíos estomacales, si de improviso le hubiese pedido un amigo veinte duros para desayunarse, no se hubiese quedado Oscar Muñiz tan anonadado como se quedó al oír la sencilla pregunta de aquel hombre.

¿Cómo no había caído antes en ello? ¿No sabía, por una dilatada experiencia, que una de las formalidades de la casa, sin duda la más racional

era preguntar por el objeto que se quería desempeñar, y que en la papeleta, intencionadamente, no constaba?

Con la alegría de coger al fin entre sus manos la presa codiciada, se le había ido el santo al cielo y habíase olvidado de aquel requisito; y ahora, para ganar tiempo no se le ocurrió otra cosa que fingir una sordera pertinaz.

No había oído nada, y era preciso hacerse repetir la pregunta. El empleado seguía rompiendo cuerdas y precintos de plomo con la misma tranquilidad, mejor diríamos inconsciencia, con que el cirujano, de habilidad probada, ejercita una operación que le es habitual. Cuando ya estuvo el paquete libre y en disposición de abrirse, miró a Oscar como extrañado de su silencio, el joven se le quedó mirando también con toda naturalidad, y se hizo repetir la pregunta.

—¿Cómo dice usted?

—Que qué es lo que va a desempeñar—, repitió el otro elevando la voz.

—¡Ah! Sí...; no había entendido.

Hubo otra pausa, ya un poco más angustiosa que la anterior. Durante ella, Oscar pensó si lo más acertado de todo no sería marcharse al momento a la calle y dejar al prisionero abandonado en la prisión, sin volver a ocuparse nunca más de su libertad.

Porque, ¿cómo confesar la verdad? ¿Cómo atreverse a decir: no sé qué objeto es... y quedarse tan fresco?

¡Imposible! Era exponerse a que sospecharan de él, a que le creyesen autor del robo de la papeleta, y terminase la operación del rescate en la Comisaría.

De repente —de repente tenía que ser— se le ocurrió una idea; sí, había que decidirse; era un poco arriesgado, pero el resultado podía ser espléndido. La cosa consistía sencillamente en poner en práctica un medio que siempre le había servido para mucho cuando, por ejemplo, quería entrar gratis en un teatro y le pedían la entrada a la puerta, como era lógico, o cuando se colaba en el tranvía sin pagar, por sport y diversión.

Este medio no era otro que el empleo del camelo, del dulce camelo, libre y espontáneo, sancionado ya por la práctica de todos los pueblos cultos.

El camelo, indudablemente de origen indostánico, era un idioma mucho más lógico que el esperanto, y que tenía la ventaja de enseñarse ni aprenderse en ninguna escuela, ni requerir para su aprendizaje ningún libro de texto. —Esto no quiere decir que no haya algún libro de texto, y acaso de los más afamados, que no esté escrito en camelo del mejor.

Como la pausa se hacía muy larga, el empleado decidióse a poner fin ella. —¿Que qué va a desempeñar?

Oscar se lanzó vía abajo, y contestó con todo aplomo y serenidad:

—Pues un estrobo de cafurcio con lenguetas de paraguay.

Ahora fué el empleado el que no entendió bien.

—¿Cómo dice?

¡Caray! El primer tiro había fallado. No le tenía cuenta a Oscar que aquel hombre, atacado de una curiosidad malsana, fuese pidiendo aclaraciones a cada una de sus frases.

—Un solano de espeleta con savorit e hijuelas de epinicio.

Se le quedó mirando el empleado sin saber qué decir; para acabar de anonadarse, pues sintió que era aquel el momento decisivo, volvió Oscar a la carga.

--Sí, hombre; abra usted y lo verá; coufite de soraluce de injerto tudesco.

Y para rematar bien el paquete, añadió como colofón una palabra que él

estimaba definitiva y que, por lo visto, tenía la virtud de un «Sésamo ábrete». Su empleo le había dado siempre resultados esplendentes para convencer a los dudosos. La palabra-martillo era:

—¡Acapulco!

Dicha así, despacio, recalcando y acentuando mucho cada una de sus sílabas, era irresistible.

El empleado hizo un gesto como de cansancio; miró al joven, no sabiendo si darle una bofetada o un pitillo por gracioso, y abrió la caja sin insistir más en que el otro averiguase por anticipado su contenido.

Oscar temblaba; de dicha por el feliz resultado obtenido una vez más con el empleo del camelo, su arma favorita, y de emoción ante el arcano que empezaba a descubrirse entre las manos ágiles de aquel hombre.

Salió primero un papel, que era la nota de inscripción del empeño; luego otro papel, que el empleado tiró al suelo con leve desdén, como cosa que para nada sirve; y por fin, envuelta en nuevos papeles de seda como una fruta tropical, rara y golosa, un objeto informe, rubio, que poco a poco fué tomando forma a los ojos de Oscar hasta convertirse en un soberbio peluquín, de esos que se ponen algunas señoras cuando quieren presumir de cabello ondulado, con flequillo por delante y grandes bucles y tirabuzones por detrás. ¡Una soberbia obra del arte de la peluquería, que debió lucir como un rayo de sol en la cabeza de la joven triste del Casino Bellevue!

¡Un rayo!... Puede que uno de estos revoltosos fenómenos celestes, cayendo a los pies de Oscar en este momento, no le hubiera producido efecto tan desastroso como el que acababa de causarle aquella especie de cangrejo peludo, al que el empleado hacía dar vueltas en todos sentidos, sin duda para que se le viese y admirase bien.

El muy socarrón parecía querer vengarse ahora del bombardeo camelístico de poco antes, y miraba al joven con una mirada completamente zumbona, con la que parecía querer decirle:

—¡Qué suerte tienen algunas personas!... ¡Anda, hijo, que te llevas el verdadero tesoro de la casa! ¡¡So ansioso!!

El muchacho salió a la calle con la cabeza baja y el monólogo a flor de labio:

¿Por qué la infame, la pérfida, le había engañado de aquel modo? ¿Qué motivos había dado él para aquella broma grotesca que tanta amargura le causaba?... ¡Motivos!... Pero, ¿es que acaso las mujeres los necesitan nunca para decidirse a obrar en cualquier sentido que fuese?

No podía explicarse aquella tomadura de pelo, —y nunca mejor empleada la frase que ahora, pues de pelos se trataba efectivamente—, en una mujer toda compasión, toda bondad ingénua, que con tanta sinceridad había llorado al enterarse de su desgracia.

¡Infame! ¡Traidora! ¡Si todas las mujeres son iguales! No se diferencian más que en la manera de peinarse y en la crema que usan para taparse, —no siempre con éxito—, las arrugas de la cara; pero en cuestiones morales... Ya lo decían los Santos Padres, que en esto de mujeres sabían lo suyo, por haber sido padres antes que santos.

Pero —se contuvo a tiempo—, acaso él estaba cometiendo una grave injusticia, una cruel ligereza, acusando sin razones bastantes a la pobre chica que, después de todo, no había tenido para él más que generosidades. Tal vez la engañada hubiese sido ella al entregarle de buena fe la propiedad de un objeto, por el que había pagado una suma fabulosa, siendo así

que en la realidad valía bastante menos que un mediano bisté con patatas.

Si ello era así, en el asunto había dos víctimas, dos pobres seres engañados, objeto de la misma infamia, de un mismo bromazo que a nadie se podía contar, porque la narración sólo hubiera servido para provocar la risa.

Y entonces, los perversos, los infames, eran los comerciantes que así engañaban a una cliente de corazón sencillo, que incautamente les abría su bolsa. Sí, eso debía ser; aquel peluquín debió ser ofrecido a los ojos de la compradora como prenda de un raro valor. Tal vez le hicieran creer que había pertenecido a María Antonieta, y que fué el mismo con que la infortunada reina subió las gradas del patíbulo para manchar el oro de sus hebras con la sangre y con la infamia de la guillotina... Cosa, por otra parte, no difícil de creer, porque realmente cualquier persona que tuviese el atrevimiento de ponerse en la cabeza aquella cola de buey, debía estar para matarla.

Sobre todo si la muerte era cortando la cabeza a cercén.

En tal caso, la joven, al regalar a Oscar la histórica prenda, le hacía espléndida donación de algo que para ella, y para todo el mundo, debiera tener un alto valor difícil de tasar, aparte el simple valor material. Un valor de reliquia y de fetiche, ya que las mujeres, siempre románticas y siempre soñadoras, son capaces, a poco que dejen volar la imaginación, de dorar el metal más ordinario y convertir en objeto de culto la más adocenada de las prendas. Puede que sea por esa hiperestesia del sensorio —¡eh!—, que en la mujer es congénita; pero lo cierto es que rara es la hembra que no es capaz de poetizar lo más vulgar y de idealizar tranquilamente unas plebeyas zapatillas de orillo y de desecho.

¡María Antonieta!... ¡Quién sabe! El Destino tiene a veces bromas soberbias; por lo visto, el de Oscar Muñiz era completamente histórico; y así, después de haber tenido entre sus brazos, con el corpachón vetusto de Salomé *la de los rizos*, un trozo de la Historia de España, tenía ahora en el bolsillo, con el peluquín que le acababan de entregar en el Monte, otro pedazo, y de los más selectos, de la Historia de Francia.

Este era el único consuelo que podía quedar al joven después de la innegable derrota de todas sus ilusiones, del fracaso definitivo de todos sus proyectos. Consuelo de sabio; consuelo de filósofo, pero consuelo al fin. Parodiando al pensador, podía él decir:

—¡Ah, consuelo, consuelo, tienes nombre de mujer!

Seis días más tarde, y después de una odisea interminable, el joven pudo conseguir que un honrado prendero de la Ribera de Curtidores le diese sus buenas doce pesetas como precio en venta de la propiedad absoluta del postizo famoso.

Al salir a la calle, realizada ya la operación, y mientras iba resonando en el bolsillo del pantalón las monedas de plata, ibase consolando con la idea de que, indudablemente, muchas obras de arte tienen igual fin. El mundo está todavía tan mal organizado que en él no existe casi nunca el valor absoluto de las cosas; éstas valen lo que las circunstancias les hacen valer. ¡Injusticia notoria que es acaso el eje de toda la máquina terrenal!

Allí mismo, en aquel comercio en que él había efectuado su venta, vió, arrimado a la pared como una escoba o como un mozo de cuerda sin ocupación, un soberbio tríptico, que indudablemente —a juzgar por la factura y el tono—, debía ser un Greco o tal vez un Rembrandt.

Representaba las tres mujeres de Clodoveo, y el artista había puesto

todo su espíritu y todo el aliento genial de su paleta en dar la sensación, dudosa, claro es, de cuál de las tres artistas había hecho la vida más imposible al desdichado monarca. Después de ver el tríptico se quedaba uno con la duda... y convencido de que el estado perfecto del hombre es el de viudo.

Pues esta soberbia obra de arte, que seguramente la estarían echando de menos en las pinacotecas del mundo, la daba el dueño de la tienda por treinta reales —a diez reales por mujer—, y las gracias encima al que se la quisiera llevar. En cambio, a su lado, una tosca pila de madera para lavar la ropa —mejor diríamos para estropearla—, alcanzaba la cotización, fin de mes próximo, de diez pesetas. ¡Dos cincuenta más que el Greco! *Sic transic...*

Días antes, Oscar había recorrido todos los sitios de Madrid donde la peluca pudiera tener colocación; desde casa de Pagés —donde se le echaron a reír en sus narices creyendo que estaba borracho—, hasta una modesta y clásica talabartería de la calle de Latoneros, donde fué a ofrecerla como crin de relleno para los collerones de las caballerías. Aquí le dijeron que ellos los collerones acostumbraían rellenarlos con las pajas que los parroquianos abandonaban en los cafés y en las horchaterías, compradas a bajo precio, y que desde luego eran de calidad muy superior a aquel manojito de estropajos con que el pollo quería sin duda alguna timárles.

Así ocurrió que, al salir ahora de la prendería con las doce pesetas, el joven iba creyendo que soñaba; después de las peripecias anteriores, la cantidad parecía fabulosa, y no pudo menos de dar un gran suspiro por haberse librado al fin de tan engorrosa carga.

Aquel dinero representaba su botín, todo el espléndido botín de sus lucidas aventuras del veraneo, que para él se iba pareciendo cada vez más a una batalla, sobre todo en su parte final. Había soñado, como todos los años al salir, con fortunas imprevistas, ganadas, no sólo en las encrucijadas del juego, sino también en las de ese otro juego que se llama el Amor, en el que no deja de haber sus encrucijadas y sus puntos ventajistas. Y, como siempre al volver, al ir a examinar el tesoro ganado en la pelea, al desatar los fardos del botín para ver lo que llevaban dentro, se encontraba con que lo recogido era tan inferior a lo ambicionado, que sobrepasaba todos los límites del ridículo.

Así acababa de ocurrirle ahora también; la racha negativa continuaba. Y como con las doce pesetas no podía pensar en girarle al hostelero de Biarritz, se quedó decididamente con ellas, y sin remordimiento alguno de conciencia, se gastó una parte de la suma aquella noche en una butaca de la fila primera para el Reina Victoria.

